

Georg HEYM, *Una tarde*

Traducido por Alfonso Corbacho Sánchez
Universidad de Extremadura

INTRODUCCIÓN

Georg Heym (1887-1912) nace en Hirschberg/Silesia en el seno de una familia acomodada y fallece prematuramente en Berlín. Bajo la influencia de los escritores franceses Baudelaire y Rimbaud, y de los alemanes Hölderlin y George, se le ubica entre los primeros representantes del expresionismo alemán. Sin embargo, el destino le jugó una mala pasada y truncó la carrera literaria de uno de los nombres más significativos de la lírica alemana de principios de siglo. Lamentablemente, Heym se encuentra con la muerte en un fatídico accidente: a la edad de veinticuatro años muere ahogado en el río Havel junto al lírico Ernst Balcke. Todo parece indicar que sucedió en el intento de salvar la vida de su amigo que había caído al agua al romperse el hielo sobre el que patinaban.

Por lo que respecta a su formación académica, sigue una férrea disciplina paterna y estudia derecho en Wurtzburgo, Berlín y Jena, y aunque llegó a ser abogado, igual que su padre, no tardó en abandonar la profesión jurídica. Desde 1900 hasta el final de sus días fijó su residencia en Berlín, ciudad que para él simbolizaba el ambiente demoníaco de las grandes urbes. En su obra poética, intuyendo el conflicto mundial que se avecinaba, describe su angustia en torno a la muerte, la destrucción, la decadencia y la guerra como testimonio de lo absurdo que resulta el ser humano. Como obras de carácter lírico publicó dos colecciones de poemas: *Der ewige Tag* (1911) y *Umbra vitae* (1912).

Por otra parte, también se dedicó al drama, destacando *Der Athener Ausfahrt* (1907), y a la prosa, entre sus relatos y novelas cortas cabe distinguir *Der Dieb. Ein Novellenbuch* (1911/13).

En el relato seleccionado, *Ein Nachmittag (Una tarde, 1911)*, que se incluye en su obra *Der Dieb*, el autor narra con gran equilibrio entre elementos de tono coloquial y recursos estéticos más elaborados la primera frustración amorosa que sufre el joven protagonista de la historia.

UNA TARDE

Fragmento sobre la historia de un niño

La calle le pareció una inmensa línea recta. La gente que pasaba a su lado le recordaba una gran multitud de marionetas hinchadas de color blanco. Y qué sabían ellos de su felicidad. Él le preguntó: »¿Puedo besarte?« Ella se inclinó ofreciéndole sus labios y él la besó. Aquel beso llegó a lo más profundo de su corazón como una llama pura y enorme que lo liberaba; que lo hacía feliz; que lo llenaba de alegría. Dioses, le hubiera gustado bailar de felicidad. El cielo lo envolvía con su enorme manto azul, la luz se dirigía hacia el oeste como una carroza en llamas y todas las casas incendiadas parecían reflejar la pasión que ardía en su interior.

Tenía la sensación de llevar una vida intensa e impetuosa como si nunca hubiera vivido así; igual que un pájaro cuando vuela alto en el aire; sumergido en un éter eterno, infinitamente libre, infinitamente feliz, infinitamente solo.

La diadema invisible de la felicidad posaba sobre su arqueada frente de niño y la embellecía como un paisaje nocturno bajo el lejano resplandor de un rayo.

»Dioses, me ama, me ama como sólo se me puede amar a mí.« Comenzó a caminar más aprisa para inmediatamente echar a correr como si el movimiento habitual y acompasado de sus pasos fuera demasiado lento para la tempestad que se desataba en su corazón. Así, corrió calle abajo hasta la playa y una vez allí, se sentó a orillas del mar.

»¡Oh mar, mar!« y lanzando un pequeño grito de júbilo comenzó a hablar de su pasión, en voz baja y temblorosa, bajo el delirio de un lenguaje mudo. El mar le comprendía y le escuchaba atentamente, pues hace milenios que en la estruendosa inmensidad azul del mar retumba el huracán de la alegría y se hacen eco los gritos de dolor como un eterno ciclón sobre un abismo infinito e intacto.

Protegía con temor su soledad. Cuando aparecían personas, se levantaba de un salto, huía de allí y se ocultaba en las dunas. Una vez que se habían marchado, regresaba a orillas del mar, cuya desmesurada inmensidad era el único lugar donde lograba deshacerse del oleaje de su interminable ilusión.

Poco a poco la playa se fue animando. Por doquier resplandecían vestidos blancos entre las hamacas de mimbre; acudían ancianas portando libros bajo el brazo. Las sombrillas de colores claros se balanceaban sobre el estrecho acceso de madera que conducía a la orilla, donde un nutrido grupo de niños construía castillos de arena. Las barcas más pequeñas salían a remar y las grandes embarcaciones izaban sus velas. Un fotógrafo caminaba por la arena llevando la cámara colgada del hombro.

Miró el reloj. Aún faltaba media hora, veintinueve minutos y se encontrará con ella. La cogerá de la mano y juntos irán al bosque. Allí, donde reina el silencio. Y cogidos de la mano, se sentarán el uno al lado del otro ocultos entre los verdes matorrales.

Pero, qué debe decirle para no resultar aburrido. Pues, ya se trata de una pequeña dama. Debe divertirla, tiene que bromear.

Y qué va a decirle.

Simplemente, no dirá nada. Ella le entenderá incluso así. Se mirarán a los ojos, que dirán todo lo necesario.

Entonces ella volverá a ofrecerle sus labios y él la cogerá con dulzura en sus brazos. Así, así -una y otra vez lo ensayaba con la rama de un arbusto-. Luego, la besará con ternura y delicadeza.

Así se quedarán en el bosque: el uno con el otro hasta que oscurezca. ¡Oh, qué hermoso! ¡Qué hermoso! ¡Qué inmensa felicidad!

Nunca más se separarán. Él siempre trabajará; concluirá pronto sus estudios y algún día se casará con ella. La vida le parecía una calle recta e iluminada, cubierta por un cielo infinitamente azul, corta, simple, sin sucesos, como un jardín eterno.

Se levantó y anduvo por la playa entre los niños que jugaban, las personas y las hamacas de mimbre. Atracaba un barco de vapor y una oleada de gente se concentraba en el embarcadero. Sonó la campanilla, pero él parecía no darse cuenta de nada. Todo aquello que había cautivado su atención había desaparecido. Sus ojos miraban en su interior como si tuviera que dedicar todo su tiempo a estudiar ese nuevo ser que repentinamente había salido desde lo más profundo de su corazón.

Llegó al banco donde iba a encontrarse con su amiga. Aún no había llegado.

En realidad, aún era muy pronto. Faltaban diez minutos. Probablemente tenía que tomar café. Seguro que su madre no la había dejado salir todavía.

Durante algunos minutos estuvo sentado en el banco, pero al poco tiempo se puso en pie y comenzó a ir de un lado para otro en aquella pequeña glorieta de árboles. Ya sólo faltaban dos minutos; a decir verdad debería estar a la vista. Esperaba verla el camino abajo, pero el camino estaba vacío. Los árboles no ocultaban a nadie. Ligeramente dorados por el sol de media tarde, permanecían en calma ante la ausencia de viento y a través de sus hojas temblaba la luz en el camino como en el fondo de un arroyo dorado. El sendero cubierto de hojas era como una enorme sala silenciosa de color verde y al fondo en la puerta temblaba una delgada línea azul, muy lejos, allí donde se fundían el mar y el cielo.

Comenzó a temblar. Sentía como algo se contraía en su interior.

»¿Por qué no viene? ¿Por qué no viene?«

»¡Ah! ¿No es aquélla su pamea? ¿No es el lazo blanco? Es ella. Es ella.«

Y se abrieron las puertas de su corazón; se sentía como sacudido por una tempestad; salió a su encuentro. A medida que se acercaba, se dio cuenta de que todo había sido un error. No era ella; era

otra persona. En ese mismo instante parecía que algo se ahogaba en sus entrañas como si el mismo fuese estrangulado.

De repente, volvió a experimentar la misma sensación que sufrió cuando tuvo que ser acompañado para salir de una casa en la que se había colocado junto al lecho de un difunto: una especie de asco o repugnancia de sí mismo. Este sentimiento tan característico y tan peculiar se apoderaba de él siempre que afrontaba algo desagradable que era incapaz de eludir: una prueba de matemáticas, una nota.

Pero nunca antes lo había sentido con tanta intensidad. Casi podía saborearlo en su boca: amargo como algo desagradable.

Su sangre parecía helarse; le sobrevino una pereza que le resultaba inquietante. Su frente se había vuelto muy pequeña y grisácea como si alguien la hubiera cubierto con la sombra de su mano.

Lentamente regresó a la glorieta. »Seguro que aún vendrá.« Podía retrasarse. ¡Ojalá viniera! Si por él fuera, podía retrasarse hasta un cuarto de hora, siempre y cuando viniera después de todo.

Volvió a mirar el reloj. El tiempo ya había transcurrido y el segundero seguía corriendo como una pequeña y frágil araña encerrada en una jaula plateada. Su pequeño pie pisaba los segundos, quedando atrás las pequeñas rayas como una especie de diminutas partículas de polvo en una diminuta carretera.

Ya habían pasado cuatro minutos, ahora ya eran cinco. Y el minuterero continuaba subiendo los peldaños de su pequeña escalera. Él quería salir a su encuentro. Pero, ¿Y si aparecía por el otro lado? ¿Entonces qué? Comenzó a dudar. ¿Debería quedarse o debería irse? Su inquietud le empujó a marcharse. Dio unos pasos para volver a bajar por el camino, se detuvo y de nuevo regresó al mismo punto.

Se sentó en el banco con la mirada perdida y con cada minuto que transcurría, perdía la esperanza. Quería esperar hasta las cinco. Aún era posible que viniese.

Desde lejos, tal y como estaba sentado, podía ser confundido con un anciano: encorvado, ocultándose como alguien que lleva años de sufrimiento sobre sus espaldas.

Una vez más volvió a ponerse en pie y muy despacio dio unos pasos sobre el escenario de su tragedia infantil.

A lo lejos oía las campanadas de un reloj, pero aún era pronto. Comprobó la hora con su reloj de bolsillo. Sin duda, el reloj de allá dio las campanadas demasiado pronto. Faltaban tres minutos para las cinco.

Y en esos tres minutos surgió de nuevo la esperanza en su corazón, el deseo, como la llama agonizante de un fuego a punto de extinguirse; como la antorcha de la vida en los últimos latidos de un moribundo.

Ahora sí, dieron las cinco. Todos los campanarios de la ciudad más allá del bosque daban las campanadas. Divisó una campana balanceándose por el aire limpio y puro, justo arriba en las arquerías del campanario. Y con cada una de esas estruendosas campanadas parecía que le arrancaban lentamente el corazón del pecho a fin de prolongar su tormento. Sí, sí pronto estará fuera, pensó.

Los campanarios enmudecieron y volvió a reinar el silencio. Su pecho quedó completamente vacío como si tuviera un hueco enorme y profundo, como si llevara algo muerto en su interior.

Creó que alguien le había puesto algo pesado en su sangre. Por ello, le pesaba tanto su cabeza; por ello, estaba tan agotado.

Sobre un estanque soleado, que resplandecía entre los árboles del bosque, se divisaban algunas nubes de humo que salían de la chimenea del balneario. Se perdían con el viento. Indiferente observaba como se deshacían en el aire. Se oían voces detrás de unos arbustos. Llegaron dos niñeras empujando sus cochecitos.

Se sentaron justo enfrente en otro banco de aquella glorieta de árboles, sacaron a los niños de los cochecitos que inmediatamente se dejaron caer sobre un montón de arena.

No tardó en levantarse y sin pensar en nada se alejó lentamente de allí.

Volvió a bajar a la playa. Una vez más volvía a pasar entre las hamacas de mimbre. Aún se encontraban allí las ancianas con sus libros, también estaba el fotógrafo delante de un grupo de personas. Debió de haber dicho algo gracioso, porque todos los rostros sonreían.

Su pasión le arrastraba hacia la hamaca de mimbre, donde ella le había besado aquel mediodía, como un pequeño barco destinado a estrellarse contra las rocas por los efectos de una tempestad despiadada.

Tal vez estuviera allí. Era su última esperanza. Se deslizó con sumo cuidado entre las hamacas de mimbre. Cada vez estaba más cerca. La bandera roja parecía hacerle señales desde el tejado.

Ahora estaba muy cerca. Un temor incierto le hizo detenerse. Entonces oyó su voz. Ella se reía. Y a continuación otra voz, era la voz de un chico.

Con cautela dio un rodeo avanzando a hurtadillas. Se tiró sobre la arena y continuó a gatas. Cuando por fin podía verlos, se situó detrás de un montículo de arena y asomó un poco la cabeza.

Allí estaba, sentada en el regazo de un chico. Éste le cogía la cara y la besaba. Su mano se deslizó hasta su pierna y lentamente comenzó a subirla.

Y ella se recostaba cómodamente en sus hombros.

El pequeño retiró su cabeza hacia atrás y abandonó aquel lugar arrastrándose de una manera mecánica: una pierna después de la otra, una mano después de la otra.

En realidad, no sentía nada, ni dolor ni pena. Sólo tenía un único deseo: esconderse, arrastrarse hacia algún sitio y quedarse totalmente en silencio, buscar un pequeño rincón en algún lugar junto a la arenaria.

Cuando estaba lo suficientemente lejos, se levantó de la arena y se marchó.

Por el camino se encontró con un compañero del colegio; se escondió detrás de una tienda de campaña. Por la derecha llegaba su madre y le llamó para que se acercara. Hizo como si no hubiera oído nada. Comenzó a correr entre las hamacas y la gente. Y mientras corría se le ocurrió de repente que hoy ya había corrido de esa manera, a mediodía, cuando había sido tan feliz.

En aquel momento la pena podía con él. Rápidamente subió a lo más alto de unas dunas. Una vez arriba, se tiró al suelo, dejando su cara entre la hierba. La arenaria asomaba sobre su cabeza como si de un bosque se tratase; un par de libélulas se acercaban zumbando entre la hierbas.

Esta fue la primera vez en la vida del jovencuelo que en un mismo día había bebido del cáliz de la felicidad y del dolor, él, que con frecuencia estaba condenado a ser sacudido por los extremos de la desdicha más profunda y de la fortuna más grandiosa como un valioso jarrón que sin romperse ha tenido que abrirse paso entre infinitas llamas ardientes.